### Rosa Belmonte Emilia Landaluce

## Sobre nosotras Sobre nada

# Manual de instrucciones e intenciones

«Perdone que hable de mí. Todo el mundo ha nacido». RAMÓN J. SENDER, «A fondo»

Per qué va este libro? De nada. Pero eso sería como creernos Jerry Seinfeld y Larry David cuando en un capítulo de Seinfeld pretenden vender una serie que no iba sobre nada. Si Seinfeld es gente hablando, lo de aquí, si pasan de esta página, que entenderemos que no, es gente contando cosas. Nosotras. Emilia Landaluce y Rosa Belmonte, mujeres que por azares de la vida (la vida es azar, da igual el cliché) nos hemos conocido pese a venir de ciudades y entornos diferentes. No siendo de la misma edad. En el mismo periódico trabajando juntas (ABC) o en distintos periódicos (El Mundo y ABC), cada una levantando su malla. Nos hemos encontrado en el periodismo (más azar) sin haber estudiado ninguna para acabar en semejante oficio.

Pero ¿vosotras quiénes sois, pedazo de putas? Tampoco hay que ponerse así, que aquí escribe libros cualquier pre-

sentadora de televisión. Y unos tochos... Solo pretendíamos contar cosas divertidas sobre nosotras. Agarrar un tema y hacer dos versiones. Por ejemplo, escribir sobre nuestra educación (y, por tanto, sobre nuestras infancias); o sobre nuestras madres (y, por tanto, sobre nuestras infancias). Vava, que la intención no es hacernos un Kurosawa y contar lo mismo desde puntos de vista distintos, sino contar cosas distintas a dos voces con la única ligazón del tema. ¿Por qué hacer el libro juntas y no cada una por su lado? Porque somos muy gandulas y así escribiríamos menos. Pero acabamos escribiendo tan poco (demonios, habíamos visto la jaleada novela de David Trueba Ganarse la vida), tan poco, tan poco, que Madame la Editora dijo que a dónde íbamos, preguntándonos que si el libro tenía alguna unidad porque ella no la veía. Y que era demasiado corto. Tampoco éramos Harper Lee cuando llegó con su primera versión de Matar a un ruiseñor a Tay Hohoff, la legendaria editora de J. B. Lippincott, quien la mandó no a paseo, pero sí a dar mil vueltas al manuscrito. Vio la verdadera novela en los flashbacks, en Atticus defendiendo al negro, en la infancia de Scout. Le dimos unas vueltas a nuestras páginas y... no hemos escrito Matar a un ruiseñor.

Desde el principio, el título era «No tengas críos» (el mismo de una de las historias, lo normal en un libro de relatos). Nos gustaba mucho, pero era equívoco. Podía parecer que iba sobre el rechazo a la maternidad o algo así de vulgar. Y nada ni parecido. El libro está mucho más

cerca del elogio de la amistad. Estando sobrias. Pero el título nos siguió gustando. Solo había que poner alguna explicación como subtítulo sobre que no iba de maternidad. Pero tampoco coló. Al final las editoras nos sugirieron un título que no era el de uno de los relatos sino el final de esta introducción. Suena un poco ególatra, pero ¿qué es esto sino dos egos a dúo por escrito?

Escribimos para divertir. Solo queríamos que el resultado fuera gracioso. No somos John Cusack en *Balas sobre Broadway*. No nos creemos artistas. No escribimos para trascender. Ni porque lo necesitemos. No entendemos a los que dicen que necesitan escribir. A no ser que sea para ganar dinero. Escribimos porque nos dedicamos a ello en los periódicos. Y porque nos da la gana.

Hemos reordenado el puzle de nuestras historietas. Las hemos alargado, hemos añadido alguna más. Habíamos dejado para el final hablar de nosotras (cada una de la otra), lo habíamos puesto al principio y al final, como un bocadillo, no sé, para darnos a conocer, como en un cartel del programa *First Dates*. Como en el *Un, dos, tres*: periodistas, gamberras, amigas y residentes en Madrid. Pero eso también nos aconsejaron cambiarlo. Los dos textos juntos. Hacer un libro es un coñazo.

Pese a los apaños, pese a haber tardado tanto que algunos han creído que el libro era tan quimérico como *Plegarias atendidas*, pese a todo, sigue yendo sobre nada. Sobre nosotras. Sobre nada.

#### **MADRE**

Y Jaimito le dijo al profesor: madre no hay más que una.

«¿Ya estáis hablando mal de mí?». DOÑA EMILIA, madre de Emilia

#### No tengas críos

#### Rosa

Mara pronunció antes de morir. Estaba yo sola para oírlas. Era yo la receptora del mensaje. No lo dijo y, zas, se murió como Violetta Valéry tras su rinasco. Vivió algún día más, mi madre, no la Traviata, pero ya inconsciente por la morfina. Bendita morfina. Parece que Karl Marx, acuciado por su criada para que dejara alguna frase a las generaciones venideras, le gritó: «Largo, desaparece de mi vista. Las últimas palabras son cosa de tontos que no han dicho lo suficiente mientras vivían». Las de Emily Dickinson fueron: «Tengo que entrar, se está levantando la niebla». Parece que se duda de las de Goethe: ¿fueron «mehr licht» o «mehr micht»? ¿«Más luz» o «no más»? ¿Y si pidió más luz fue porque antes había querido que abrieran la ventana? Un testigo contó que Laurence Sterne

anunció: «Ya ha llegado». Me hace mucha gracia que Alfred Jarry soltara: «Me estoy muriendo. Por favor, tráeme un palillo de dientes». Es demasiado absurdo para ser cierto. Demasiado coherente con su excéntrica persona. Anda que Louisa May Alcott: «¿No es meningitis?».

Lo de las últimas palabras es una memez. En un episodio de *Curb Your Enthusiasm*, Larry David se sube por las paredes porque su secretaria lleva semanas fuera. El padre de su empleada se está muriendo y ella permanece a su lado, salvo cuando va a solucionar la vida de Larry, momento, claro, en que muere. Ya en el funeral, Larry habla con la viuda quitando importancia a que su hija no haya estado con el moribundo. «Bueno, estar al lado de la cama está un poco sobrevalorado. Te crees que van a decir Rosebud o algo así y no dicen Rosebud o lo que sea». Esto es ficción, pero no menos real por ser ficción. No sé, lo único de lo que estoy segura es de lo que mi madre dijo. Porque me lo había dicho a mí. No lo había leído.

Me lo había dicho supongo que como tantas cosas más. Aunque no recuerdo ninguna otra de calado. Una vez leí a Benedetta Craveri, refinada cronista de *salonnières* y otras cosas elegantes, asegurando que en su casa solo se hablaba de cosas importantes. En la mía no. Tendría que inventarme consejos o enseñanzas de algún tipo. Me sorprende esa gente que habla de sus padres como si hubieran sido La Rochefoucauld, un cajón de sabiduría. Erudita o popular, da igual. Yo doy por buena la enseñanza de mirar al sol para estornudar. O no haber visto en mi casa robar,

matar, descuartizar o empalar. Si acaso, despellejar un conejo. Jamás vi a mi madre leer un libro. Sí el periódico. En mi casa había libros, pero eran de mi padre (el que no estaba era él, vivía en otro sitio). Mi favorito era uno sobre el Tercer Reich y los judíos. Un libro rojo de tela con muchas fotografías. Montones de zapatos, montones de gafas, hombres esqueléticos desnudos. ¿Por qué no había mujeres en esas fotos?

La educación se la proporciona una observando a quien merece ser observado. Aunque sea en la televisión. Mi madre estaba para otras cosas. Para trabajar y no tener nunca un duro. Para ser la única mujer separada de entre mis amigas del colegio, y eso molaba. Para no tener nunca comida en casa. Cuando llegábamos del colegio los fines de semana, se compraba justo lo que nos comíamos (y lo devorábamos como Carpanta). Pero no había galletas y cosas de esas que había en casa de una abuela o de cualquier vecina. Y si había, desaparecían inmediatamente. Mi madre molaba. Era la más moderna de las madres de mis amigas del colegio. La que trabajaba y no tenía marido. La que llevaba la ropa a una lavandería, como en las películas americanas. La que compraba discos extraños.

Cuando mi hermana y yo íbamos a hacer la comunión en la capilla del colegio, las dos solas, mi madre llevó la música. Era un disco de Philips que por una cara tenía música criolla y por la otra, música luba. Por una cara tenía el dibujo de una cruz. Por la otra, la fotografía de un negro rezando. Bueno, parecía un negro, pero creo que era

una niña porque llevaba vestido. Cuando las monjas vieron a la negra casi les da algo. Que nanay, que allí no se escuchaba eso. Como si la pobre negrita fuera Angela Bassett, esa maligna Marie Laveau de American Horror Story: Coven. Sí, ya sé que me he adelantado en el futuro con las referencias, pero es que entonces no veíamos negros ni en la televisión. Vale, en los telediarios sí. Y en otros programas. A los cantantes Donna Hightower, Basilio y Phil Trim, a Barullo (el niño de los Chiripitifláuticos) y a los hermanos del ballet Zoom. Ni siquiera habían estrenado Raíces. Yo, el primer negro que vi en mi vida fue uno que iba con la Operación Plus Ultra y que me firmó una fotografía en Murcia. No sé qué heroicidad habría cometido para ir en el grupo. La Operación Plus Ultra, un tinglado de la Cadena Ser, paseaba por España a dieciséis niños con valores humanos. Habían tenido valor para salvar a alguien de un incendio o de ahogarse, esas cosas que nosotros no hacíamos.

Mi madre dejó pasar lo de la música de la comunión y se llevó su elepé. Supongo que cantaron las monjas, que no eran precisamente las de *Sonrisas y lágrimas*. Esta referencia sí es anterior. Me he cuidado de no citar *Sister Act*.

Mamá también estaba para conducir hacia el infinito. Es la mejor conductora que he conocido. Supongo que pasé del carricoche al asiento de detrás con naturalidad y determinación. Una vez que su trabajo estaba chungo, vio un anuncio en el periódico que pedía gente con furgoneta propia. Era para trabajar como repartidor de Donuts. Mi

madre era la única mujer de la empresa. Tenía una ruta larguísima que se extendía de Murcia a Almería. De lunes a sábado. Unos días llegaba a Jaén, incluso a Granada. No acabé harta de donuts, pero supongo que habría preferido que repartiera jamones.

En su ruta estaba el camping nudista de Vera. Mi madre entraba vestida al supermercado con la bandeja amarilla de plástico llena de bollería industrial. A su alrededor se movían hombres en pelotas comprando tomates v melocotones. A veces, si no tenía clase, me iba con ella. Lo de Vera era lo más divertido. Yo observaba desde la furgoneta a toda esa gente desnuda que iba de un lado para otro. Como si estuviera viendo leones en un safari park. Me sentía como Ray Milland en El hombre con rayos X en los ojos, de Roger Corman, una de esas películas que tanto impresionan cuando eres pequeña. Como Diálogo de carmelitas (las pobres monjas camino de la guillotina), o Quiero vivir (esa Susan Hayward a la que no llegaba el indulto del gobernador), o Las uvas de la ira (qué espanto ser pobre y qué disgusto cuando se muere la abuela), o Ben-Hur (se te cae una teja y acabas con la lepra, las vueltas locas que da la vida). En Vera, yo veía gente desnuda igual que Ray Milland. Nunca entendí cómo graduaba la visión después de echarse las gotas prodigiosas. ¿Por qué a veces veía tetas y a veces llegaba hasta el páncreas?

Años después, mi madre vendió la segunda furgoneta que tuvo y volvió a conducir un coche. El mundo ya no se veía desde arriba. Un día atropelló a alguien. Me llamó para contármelo.

- —¿Cómo que has atropellado a alguien? ¿Y le ha pasado algo?
- —No sé, ha salido corriendo. Muy mal no estaría. Más bien me ha atacado. No lo he visto, ha salido de detrás de los coches aparcados y se me ha echado encima. Me he dado un susto de muerte y cuando he ido a ver cómo estaba ha dado un respingo y ha salido corriendo. Con un jamón.
  - —¿Con un jamón?
- —Un jamón, jamón. Inmediatamente ha llegado, también corriendo y detrás del atropellado, un señor con bata blanca que debía de ser el dueño del jamón.
- —O sea, que no hay posibilidad de que vaya a denunciarte alegando lesiones imaginarias.
- —Hija, yo qué sé, supongo que no. Dudo de que le diera tiempo a apuntar mi matrícula en el jamón, aunque cualquiera sabe.

Un susto. Mi madre se subió al coche y se marchó. Un susto y una risa cuando me lo contó. No podía parar de reír. Pero también tenía yo que aguantar sus risas en el oculista. Cuando este me ponía las gafotas donde se van metiendo los lentes (¿así mejor? ¿Así mejor?) se desternillaba. Claro que parecía Carlos Ruiz Zafón cuando se hizo moderno. De calvito con gafas y perilla pasó a calvo con barba y unas gafas como las de Iris Apfel. Y luego se murió, que fue peor. Sufría yo en el oftalmólogo más que

en el dentista. Y solo por la vergüenza que mi madre me hacía pasar. Desde pequeños aprendemos que las madres están para avergonzarte.

Condujo hasta pocos meses antes de morir. Iba a la quimioterapia al volante de su propio coche, como los reyes. Lo hizo mientras tuvo fuerzas.

A mi madre no le gustaban ni los hombres ni los perros. Seguramente había tenido bastante con su marido, que también tenía perro. A mí eso no me predisponía. Los perros sí me gustaban. No es que no me gustaran los hombres, pero tampoco me trataba con muchos en mi vida normal. Ni padre ni hermanos ni compañeros de colegio ni profesores. Solo los amigotes del fin de semana con los que jugaba al fútbol.

Como nunca se divorció, al morir mi padre mi madre pudo cobrar la pensión de viudedad. Una minucia, aunque fue la primera vez que cobraba algo fijo en su vida. Luego vas y te mueres. Pero antes das una advertencia. No tengas críos. Nunca he necesitado semejante consejo. Mi madre se murió entre Rocío Dúrcal y Rocío Jurado. Cuando se muere la madre de Tony Soprano, al final del episodio Tony llora. Pero lo hace por la madre de James Cagney en la película *Enemigo público*. Yo lloré muchísimo cuando se murió Rocío Jurado.

### Como no te guste Venecia, te tiro al canal

#### Emilia

Caminábamos por Venecia. Yo estaba hecha una burra. Mi madre me llevaba de la mano.

- -Mira qué bonita la plaza de San Marcos.
- —La de Salamanca me gusta más.
- —¿Y la catedral?
- —Pues las vidrieras de la de León...

Mamá se hartó.

- —Pero... qué maravilla los canales...
- —Ufff... (menos mal que aún no había estado en Empuriabrava). Mucha agua, mucha agua. Demasiada. Ya se inundará. Lo he leído en...

Mi madre se volvió y empezó a zarandearme agarrándome por las solapas del abrigo.

—Pues como no te guste Venecia, te juro que te tiro al canal.

Si no llega a ser por mi madre, seguramente ahora mismo sería gorda y peluda. Y bruta. Y seguramente, yonqui. Y tonta. Y, ¿por qué no?, delincuente. De esas que no se enteran de que lo son porque firman lo que les ponen por delante sin leerlo. Mi madre me enseñó a leer todo.

Hace muchos años, tendría yo diecinueve, mamá me invitó a pasar un fin de semana largo en Roma. «Me apetece mucho enseñarte la ciudad». Por supuesto, le dije que sí. Me encanta viajar con mi madre. Desayunamos, visitamos, peleamos, comemos, peleamos, bebemos, peleamos, visitamos, bebemos, cenamos, bebemos y nos vamos felices a la cama.

La víspera de aquel viaje salí de juerga con unas amigas. Fuimos a una fiesta en un antro en el centro bastante deleznable. No pasó nada reseñable. Ni ligué ni bailé especialmente ni, que yo recuerde, me divertí demasiado...

Me desmayé en la cama sobre las siete y media de la mañana. A las ocho menos cuarto sonó el despertador. El avión a Roma salía a las diez. Apenas tuve tiempo para arrastrarme al cuarto de baño y darme una ducha. Despegué los pantalones vaqueros del suelo, me puse una camiseta limpia, las zapatillas y, sin pensar demasiado, cogí el bolso que había llevado a la fiesta. Y recuerdo el bolso porque era el que siempre llevaba a los exámenes. Lo había comprado en Estados Unidos y lo tenía con los libros, los apuntes, la cartera y... (de esto yo no me acordaba) un chinón de hachís.

He de precisar que nunca he sabido fumar ni tragarme el humo. Fumaba porros porque mis amigas me decían que sentaban la mar de bien y porque crees que es lo que hay que hacer a esa edad. Pero vamos, lo que en realidad hacía era chuperretear el canuto y aparentar que aquello no me sabía a cenicero. ¿Que cómo saben los ceniceros? Como uno de esos botellines en los que los desconsiderados tiran las colillas. Confieso que he apurado alguno. Desafortunadamente, ninguna de mis amigas tenía tiempo para ir a trapichear, así que antes de despedirnos después de clase me dieron cincuenta euros en unos billetes tan arrugados que parecían garbanzos.

Por la tarde, me fui al parque del Oeste. «¿ Vende usted?», le pregunté muy educadita a un negrazo guapísimo. Con toda la razón pensó que era gilipollas y me puso la mano en el muslo por si había suerte. Hizo bien. Las niñas bien son (somos) muy mal, pero en aquella ocasión yo me aparté riendo nerviosa. «No, no. Yo querer comprar droga. Droga. Porro». Le hice el gesto de fumar asintiendo con la cabeza; luego el de esnifar, negando. «Esto sí, esto no». Abrí la mano con los cincuenta euros. Él los cogió enseguida y me dio una china que parecía una de esas trufas negras que ahora se dan en Huesca. «Perdone por las molestias. Si sale bueno, vendremos a comprarle más». El tío se moría de risa. «Muy guapa, muy guapa».

No sabría decir cómo estaba aquel hachís. Apenas le di un par de caladas a un porro que lio una de mis amigas. Atravesaba entonces una etapa *whiskera*. Era lo que bebían mis hermanos mayores y a mí me gustaba hacerme la dura con los muchachos que bebían lo que considerábamos cosas de mujeres. «Lambrusco, vino de putillas», nos reíamos. Y me atizaba el *whisky* con agua de un trago. Ahora, paradojas, bebo mucho vino rosado.

Mi madre y yo llegábamos a Roma un poco más tarde del medio día. Durante el vuelo ya me había regañado por el careto, las pintas, las ojeras, la piel espesa de los excesos. Yo aparentaba estar compungida por sus palabras, pero las gafas de sol (no me las quité en todo el vuelo) disimulaban ese sueñecito de media mañana que entonces ayudaba a paliar casi cualquier mal. Tenía la boca pastosa, la saliva espesa como lana de hacer punto. Hubiera bebido agua, pero me había gastado hasta las pestañas esa noche y mi madre se negaba a comprarme un botellín.

—No pienso darte un duro. Si tienes dinero para gastártelo en *whisky* también lo tienes para comprar agua. Con lo que engorda el alcohol, además.

—Joé, mamá...

Pero desistí. Me dolía la cabeza al hablar.

Aterrizamos. Cogí mi bolso y comencé a caminar hacia la cinta de equipajes. «A ver si no tardan mucho en salir las maletas porque tengo un hambre que...», me estaba diciendo mi madre. Yo soñaba con una buena ducha, un plato de pasta gigante y un cervezón muy muy frío. «Mamá, pues yooo...». En ese preciso instante, dos pastores alemanes del tamaño de un lobo me agarraron del bolso y me arrastraron por el suelo de mármol del aeropuerto como si me hubieran desenganchado del trineo de una novela de Jack London.

Un *carabiniere* se acercó. Yo seguía en el suelo, revolcándome como un escarabajo puesto boca arriba.

—¡Control de drogas!

No sabía muy bien qué hacer. Le di el bolso. Me sacaron todos los apuntes. Mi madre me miraba horrorizada. Pero ¿qué hacen con mi niña?

Se tuvo que callar cuando el agente encontró la china.

- -Acompáñeme.
- —¿La van a detener? —preguntó mi madre en su italiano, aprendido en los viajes con su tío Dante.
  - —Solo vamos a hablar con ella.

Me llevaron a una especie de habitación: ¡el calabocito! Entonces empezaron a hacerme unas preguntas supongo que rutinarias. Respondí como cualquier pichona. Hasta dije que ¡el hachís era de mis amigas! «Que se lo juro. Que sé que es lo que dicen todas, pero les prometo que la china no es mía». Se lo grité en español cantado pensando que así se habla el italiano. No hubo suerte. «Si ni siquiera sé fumar... Se lo juro».

En eso, sin que mi madre pudiera decir nada, me bajaron los pantalones y una *carabiniera* me metió la mano hasta el codo. Pero la única droga que podía encontrar ahí era mi orgullo. Y se lo llevó todo. Obviamente, mi madre se sentía ligeramente peor que la madre del Arropiero. A las dos de la tarde, nos dejaron marchar.

- —Recibirá una multa de tres mil euros...
- —Muchas gracias. Mi hija la pagará encantada porque es retrasada mental y una gilipollas integral.

Nos subimos en un taxi. Mi madre dio la dirección del hotel. El conductor arrancó. En pocos minutos dejamos atrás el aeropuerto de Fiumicino, el calabocito, los perros, mi dignidad...

Miré a doña Emilia, aterrada. No decía nada. Me pregunté si lloraba. Mi madre, al contrario que su hermano, ha sido poco *hippie* y en las fiestas que frecuentaba en su juventud siempre se resistió a consumir cualquier tipo de estupefaciente. Solo alguna vez, cuando se mostraba hastiada de todos sus hijos, decía: «Un día me voy a fumar un porro y os vais a enterar». Pero nunca lo había hecho porque, según ella, en internet decían que el «porro» daba mucha hambre.

Traté de explicarme. «Mamá, sé que te resulta inverosímil, pero te juro por lo que quieras que el hachís era de mis amigas. Yo ni siquiera fumo...».

Me cruzó la cara. Con toda la razón del mundo. «¡Entonces es que eres tonta! Te voy a tener que ingresar en Proyecto Hombre». Me dio un ataque de risa. No me había pegado desde que tenía doce años. Así que me dio otro sopapo. No me podía parar de reír. Entonces cogió la guía Michelin (de Italia) y fue a pegarme con el pico. Fue por pura impotencia.

—Pero... ¿¡qué haces, mamá!? Con la guía Michelin no. Paró en seco. Nos miramos. Y nos empezó a dar un ataque de risa.

A la hora de la merienda ya se le había olvidado lo que había pasado en el aeropuerto. Era lo previsible. Mamá nos perdona todo y, además, estaba encantada. Habíamos visitado casi solas la Capilla Sixtina, porque llovía tanto que ningún turista quería hacer cola. «¡Qué bueno está este vino tinto!», comentábamos sentadas en la mesa de un restaurante de la guía Michelin que ya no debe de existir.

Lo cierto es que no volvimos a hablar de lo sucedido en el calabocito en todos los días que pasamos en Roma. Solo a la vuelta a Madrid. «No le vamos a decir nada a tu padre, que le va a dar un ataque al corazón. Y lo que dije en el aeropuerto va a ser de verdad: la multa te la pagas tú».

Pero nunca llegó.

Intuyo que sé muy poco de mi madre porque ella no cuenta nada. Ha sido (y es) una mujer guapísima. «No sé por qué has salido tan baja», me suele comentar cuando me mira desde sus sempiternos tacones. Ella nunca usa zapatos planos (solo en el campo) y tampoco pantalones. Casi siempre lleva traje de chaqueta porque todavía puede enseñar las piernas. Recuerdo con temor esas jornadas de compras en la adolescencia cuando ella se empeñaba en que me probara trajes de leopardo. «Es que no sabes lo que te sienta bien», me suele decir.

A veces pienso que tiene razón. No sé qué hubiera sido mi madre si hubiera sido yo. Seguramente, ganaría más y estaría mejor casada. O, mejor dicho: casada. O no. Mi madre es una mujer de trincheras. Quizás porque no tiene tanto dinero como para no tener responsabilidades ni tan poco como para tener que preocuparse. Por eso le ha dicho que no a todo el mundo. A políticos, a ricos, a jefes de Estado, a poetas, a alguna mujer... A veces me pregunto por qué no le ha dicho que no a sus hijos. Por eso no es tan libre como a ella le gustaría.

Mi madre suele contar que en su juventud fue comunista, pero también estuvo de montería con Franco. «Una vez que saludaba a mucha gente, cruzamos miradas. Me dio la sensación de que lo sabía todo». ¿Y qué era todo? Un episodio más o menos ridículo. Un día los grises detuvieron a mi madre porque estaba merendando con tres amigas en la ciudad universitaria. Nunca me lo ha explicado muy bien, pero me parece que apenas estuvo un par horitas en el calabozo. Siempre que hablamos de «lo que te pasó en Roma», le replico que fue casualidad, como lo que le pasó a ella en la ciudad universitaria. «No te equivoques, que yo estaba luchando contra Franco».

Una madre es siempre un misterio. ¿Cómo era una madre antes de ser madre? Yo no tengo ni idea. Dicen que las madres por lo general se reservan la tristeza para sí mismas porque no quieren que nada perturbe ese paraíso incomparable que es una infancia feliz. La mía, sin embargo, me tenía al corriente de todo. De las cuentas, de los notarios. De las cosas de Hacienda... Nunca se molestó demasiado en hacer la pantomima de los Reyes Magos

(«Encima de gastarme yo el dinero..., ¿se va a llevar el mérito alguien que no existe?») ni en ocultarme una visión digamos «hobbesiana» de la vida («La gente es mala, no te olvides»).

El consejo no me vino mal cuando me mandaron al colegio. Para mí fue casi tan traumático como empezar a trabajar. Hasta entonces, como decía Ortega, me sentía emperatriz en una gota de agua y no concebía que esa dicha se diluyera en una clase llena de niños. No lo pasé bien.

Mi madre había dudado mucho sobre a qué colegio llevarme. Yo era de naturaleza obsesiva y algo niñote, y supongo que pensaba que el contacto con otras niñas me llevaría a emprender la metamorfosis de niño alemán a la mujerona vestida de leopardo que ella anhelaba. Primero visitó un centro del Opus, pero desistió en cuanto una de las profesoras le contó cómo se desarrollaba la jornada escolar.

—Cuando las alumnas llegan por la mañana, le presentan sus propósitos a la Virgen. A medio día vuelven a la capilla y le cuentan a la Virgen si los están cumpliendo. Y antes de volverse a casa, hacen examen de conciencia para ver si han satisfecho las expectativas que la Virgen ha puesto en ellas.

Mamá chasqueó la lengua.

—Mire, mi hija, con lo torturada que es..., no creo que pueda soportar pensar que tiene a la Virgen juzgándola todo el día.

Así que me llevó a otro colegio de monjas en las afueras de Madrid en el que, supongo, pretendía que aprendiera lo que se aprende en los colegios de monjas. Dicen que la memoria es selectiva por lo que, afortunadamente, recuerdo poco de esos dos años de tortura. Ese ambiente femenino, de madrecitas, monjitas y niños de plástico contrastaba con mis fantasías de espadachines, piratas e imperio español, cuestión que me tenía sumamente preocupada desde mi más tierna infancia.

No me perderé en «brumosidades», pero en primero y segundo de primaria me operaron de apendicitis y amígdalas. Y creo que en ninguno de los dos casos sufrí episodio alguno (por supuesto, todo empezaba con el termómetro en la lamparita). A los ocho años presentaba, según el parte que remitieron a mis padres, un récord de ausencias escolares. La verdad es que me había ido un mes con mi familia a Argentina, pero también había sufrido dolencias de lo más variopintas. Un día eran dolores dorsales, otro, escalofríos... «Tengo algo así como un espasmo con grandes picos de dolor», decía con mi vocecilla impostando la afonía. Y podía fingir los diferentes síntomas a la perfección (y en riguroso orden alfabético) gracias a la enciclopedia de la salud Salvat que había en la cocina.

Un día el pediatra le dijo a mi madre que seguramente lo que me pasaba es que yo no quería ir al colegio. «Tu hija no está enferma. Algo le pasa. Deberías hablar con los profesores». Una semana después, mi progenitora estaba frente a la madre superiora. Yo había estado varias veces en aquel despacho. Había figuritas de la Virgen azul pastel y angelotes con pinta de ñoños.

La monja no se anduvo por las ramas y le dijo a mi madre que yo era una niña muy solitaria, con pocas amigas y de lo más rarita. «A lo mejor —quiso sugerir—, deberían llevarla a un psicólogo. ¿Sabe que metió una caca (a saber de dónde la sacó) en el estuche de una de sus compañeras?». (Aclaración: era una caca seca de perro).

Mi madre no se intimidó y quiso insistir en algunas historias que yo le había contado. Le habló de cuando me tuvo que cortar el pelo porque me habían llenado la cabeza de chicles.

—; Cómo no castigan a esas niñas?

La monja se le puso algo áspera, impertinente. Y quiso salirse por peteneras aludiendo a mis reiteradas ausencias en clase y a la irresponsabilidad de mis padres por permitírmelo.

—Su hija tampoco es un angelito del Señor.

Mi madre se encendió.

—Usted lo que es una... —se lo pensó— puta. Tanta bondad, tanta hostia y tanta religión.

Y le arreó un sopapo a la monja. Se arrepintió enseguida.

—Perdone, se me ha ido la mano.

La religiosa se quedó lívida. Mi madre volvió a excusarse y pidió mi expediente. Al llegar a casa, me dio una torta a mí y me dijo que esperaba que en el próximo colegio aprendiera a defenderme de otra forma. Y vaya si aprendí. Cuando me descuido pienso en cuando mi madre no esté. Aprendí lo que era la muerte a una edad muy temprana. Solíamos pasar los fines de semana en una casa en el campo que estaba bastante cerca de la carretera. Un día solté a los perros y Cayuna, una perra terquísima, se escapó del jardín. Yo salí corriendo detrás, pero no pude alcanzarla. Pasó un coche. Lloré. Así aprendí que la muerte era eso. Un cuerpo inerte. Caliente primero y frío después. Pero, sobre todo, la mancha de sangre en la calzada. Y Cayuna que ya no estaba.

A los pocos meses murió mi abuela, la madre de mi madre. El recuerdo más vivo que tengo de ella me remite a un día en el que me enseñó a hacer el solitario de Napoleón. «Esta niña es tonta», me decía cuando dudaba. La paciencia, desde luego, no está entre las virtudes de las mujeres de mi familia. Mi madre siempre cuenta que la peor semana de su vida fue cuando para sacarse el pasaporte (o el carné de conducir) le obligaron hacer el servicio social. Tuvo que enseñar a leer a una chica de veintitrés años. «Y ni siquiera podía pegarle». (Yo aún tengo pesadillas de cuando me enseñó a hacer integrales y derivadas).

Mi abuela murió en casa. Recuerdo la sombra en el rostro de todos los que entraban en su habitación y el viaje a Rota para enterrarla en el panteón. Mi madre no se había separado de la abuela durante todo el mes que duró su agonía. Ni siquiera había comido. En el viaje apenas dijo nada hasta llegar a Écija. «Tengo hambre. Vamos a parar

en la Pirula». Pero había demasiada gente en las mesas. Mi madre había dejado por fin de llorar.

A alguien se le ocurrió sacar el ataúd y usarlo de mesa, con un mantelito de papel y los salmorejos encima.

A mi madre le dio un ataque de risa.

Pienso en ella viendo morir a la suya, despidiéndose de la vida en aquel cuerpo maltrecho por la enfermedad.

A veces, muchas veces, yo también pienso. Me imagino ese momento terrible. Y me doy cuenta, como mi madre en la Pirula, de que la muerte no es un cuerpo inerte metido en una caja de pino, sino ese «ya no está mamá». Es la ausencia. Entonces supongo que daría todo lo que tengo y lo que soy porque me volviera a pegar con el pico de la guía Michelin. La de Francia.

Afortunadamente, todavía está. Y supongo que al leer esto mirará esa edición de lujo que tenemos de *El hombre sin atributos*. Mil quinientas páginas encuadernadas en cuero y un pico dorado afiladísimo. «Ya estás hablando mal de mí». Nos volveremos a reír.